

# SIN CIENCIA NO HAY FUTURO

Son tantos los comentarios que podríamos incluir bajo este epígrafe que incluso resulta difícil ser original al respecto. Este número hemos dejado la sección absolutamente dedicada a una colaboración muy especial: la de Javier Buceta.

**JAVIER BUCETA** es uno de tantos exiliados a la fuerza que “por no ser válido para el sistema español, ha tenido que rebajar sus expectativas y aceptar un puesto de trabajo en la quinta mejor Universidad de los Estados Unidos... ¡Qué pena de país (EE.UU.) que tiene que aceptar los despojos intelectuales del nuestro!”. No me gustaría pecar de panfletario, ni de pasional (Javier se cuenta entre mis mejores amigos y lo vamos a echar de menos), simplemente querría dejar una reflexión en voz alta: **¿Cómo podemos permitirnos perder un investigador por el mero hecho de haber tenido éxito?** Sé que no es mi postestad ni la de nadie, pero yo dejaría sin un solo céntimo de ayuda institucional a todos aquellos centros de trabajo que aceptan lucrarse con *Ramones y Cajales* y con contratos I3\*, para luego olvidarse de ellos en el momento en que han de hacerse cargo de sus nóminas. No son uno ni dos los que han sufrido la misma vejación ni el mismo destino: el exilio forzado (muy distinto al que escogimos en nuestra primera etapa de posdoc). Mientras esto suceda, **¿por qué los científicos no hacemos nada al respecto?** No se me ocurre qué, pero por lo menos mandarle un enorme abrazo a Javi y desearle la mejor de las suertes: se la merece. Él y tantos otros.

**Fernando Rodríguez**, autor de esta introducción, disfrutó de un Ramón y Cajal y de un I3; y, a pesar de las promesas incumplidas de la Generalitat, el CReSA (centro donde trabaja) cubre su nómina desde 2012.

## La descapitalización de la ciencia en España

**A**l respecto de la situación actual de la ciencia en España, he oído que un miembro de la administración comentó durante un evento a modo de justificación que “la ciencia es como el esquí en las familias ricas: solo se hace cuando hay dinero”. Desconozco la autoría de la cita y si es cierta, pero bien podría serlo. Los científicos tenemos, en general, la certeza de que esta es la línea de actuación del ejecutivo, actual y pasado, desde el estallido de la llamada crisis. Así, la ciencia en España, no ajena a los tiempos que corren, vive una situación paralela a la de la sociedad en su conjunto donde se nos repite machaconamente un mantra digno de Goebbels: hemos vivido por encima de nuestras posibilidades. Lo que no se nos cuenta con detalle son los argumentos y datos que supuestamente justifican esta política de recortes en ciencia; menos aún el derroche que implica para el país.

Así, todos los indicadores sobre la inversión en ciencia en nuestro país muestran que nunca hemos vivido por encima de nuestras posibilidades. El por-

centaje de PIB dedicado a ciencia, no solo actualmente, sino desde nuestro ingreso en la UE, está bien por debajo de la media y muy lejos del 3 % del PIB fijado en los objetivos de Lisboa. El porcentaje de investigadores por habitante, también. Las comparativas con otros espacios muestrales relevantes, p. ej. la OCDE, muestran idénticos resultados. Por si fuera poco, desde el año 2008 el presupuesto público para la investigación ha sido recortado en términos reales entre un 25 y un 42 % según quién y cómo haga las cuentas. Diferentes organismos internacionales han solicitado a España un cambio de rumbo. El más reciente, la UE en junio de 2014, a través de la comisaria para investigación, innovación y ciencia, Maire Geoghean-Quinn, quien urgía a España a adoptar una nueva estrategia de financiación en el contexto de la ciencia, la innovación y la tecnología afirmando que, de otro modo, condicionamos nuestro crecimiento económico: Europa nos pide que no renunciemos al esquí. Esta recomendación está en línea con el comportamiento de otros países afectados tam-

bién por la crisis que, lejos de disminuir el presupuesto de I+D, lo han aumentado a lo largo de los últimos años. Así mismo, a nivel nacional, en diciembre de 2013 todos los grupos parlamentarios, con excepción del PP, firmaban, junto con la mayoría de la comunidad científica, un acuerdo de apoyo a la I+D solicitando políticas que nos acerquen a la media europea. Lamentablemente, utilizando como razón el principio de estabilidad presupuestaria, el Gobierno ha considerado «inasumibles» dos de los puntos más relevantes: el aumento de la financiación y de la tasa de reposición de personal. Sobre este último punto, una de las consecuencias más graves que el grial del déficit está causando en el sistema nacional de ciencia es la descapitalización en términos de personal. Algo que costará mucho esfuerzo, tiempo y dinero recuperar.

Muchos investigadores apostaron por volver a España mediante programas como el Ramón y Cajal. Parte de ellos, después de pasar de manera positiva todas las evaluaciones establecidas, están viendo cómo nadie se acuerda de las promesas de estabilización realizadas. Más sangrante es la situación de algunos *Cajales* «estabilizados» vía el programa I3\*, que financia a los centros los costes de contratación durante los tres primeros años a condición de que la contratación sea «estable»: al pasar los tres años, y cuando la contratación ya no sale gratis, se les ha despedido. En algunos casos, este despido se ha comunicado con los reglamentarios quince días de preaviso que rigen en caso de un contrato laboral. Imaginemos el drama de tener que desmontar un grupo de investigación en dos semanas: tesis doctorales a medias; personal contratado, despedido; proyectos inacabados, con el condicionamiento que implica a la hora de solicitar nuevos proyectos en el futuro... En algún centro, con el fin de suavizar el drama, se ha concedido a estos investigadores una prórroga de un año tras comunicarles la decisión inicial de despedirlos en quince días. El único «pero» es que, al más puro estilo mafioso, se les ha puesto como condición que firmaran el compromiso de renunciar a su indemnización llegado el momento de irse, algo del todo ilegal. El Ministerio de Economía y Competitividad, MINECO, ha sido advertido de estas prác-

ticas referentes a la implementación del programa I3, y admite que «el MINECO deja de tener la capacidad legal de hacer un seguimiento de la permanencia de los investigadores en los puestos que fueron financiados con el Programa» (?). Es decir, no se hace un seguimiento real del funcionamiento del programa I3, lo cual parece una dejación de funciones y, en otros casos, además, un derroche de recursos debido a la mala praxis en la utilización de los mismos. La reducida oferta de empleo público debido a las tasas de reposición (3 % en el caso de CSIC) y los condicionantes de algunas convocatorias, como las del ICREA (Institució Catalana de Recerca i Estudis Avançats), que impiden la participación de investigadores «estabilizados», lleva a estos investigadores a tomar una decisión: dejar la investigación, precarizarse (el eterno posdoc) o emigrar.

Las estimaciones del coste que ha supuesto para el Estado un Cajal hablan de, al menos, medio millón de euros; cifra que aún sería mayor para el caso de los investigadores «estabilizados» I3. A esta cantidad hay que sumarle la financiación de sus líneas de investigación mediante proyectos del Plan Nacional o similares. Mal negocio perder ahora estos investigadores, ya sea por su abandono o por condicionar su trabajo al precarizar su situación; mal también si emigran y son terceros países los que aprovechan esa inversión. Otra consecuencia de esta situación es la desconfianza generada. Esos investigadores, si emigran, es difícil que en el futuro se dejen arrastrar por cantos de sirena y decidan apostar por volver nuevamente. Por ponerlo en el contexto de esa familia rica y su afición por el esquí, ya no es que no vayamos a esquiar en un futuro cercano, es que además estamos malvendiendo el apartamento en la estación de esquí y regalando el equipamiento. Sin entrar en la repercusión que tendrá en el país debido a las líneas de investigación perdidas, y a la actividad económica y cultural que ello supone, estas son algunas de las consecuencias de la descapitalización de la ciencia orquestada por la administración; mención aparte merecen los equipos que han implementado estas medidas de manera efectiva y la respuesta de los propios científicos a ellas.

Respecto a lo primero, la descapitalización de la ciencia en España, ha sido gestionada en demasiados casos por equipos directivos impuestos a los centros de investigación y formados por personas sin conocimiento ni experiencia en el mundo de la gestión o, aún más grave, sin conocimiento ni experiencia en el mundo de la I+D. En algunos casos estos equipos gestores han optado por reducir la actividad de los centros mediante expedientes de regulación de empleo; en otros, mediante la «reorganización» de las plantillas, i. e. despidos. En el extremo, algunos centros ha optado por cambiar su actividad (cambiar su «modelo de negocio»), renunciando *de facto* a la investigación, liquidando sus activos en términos de personal y laboratorios, y rechazando incluso financiación proveniente de proyectos europeos concedidos.

Respecto a lo segundo, la respuesta de los propios científicos a esta situación, hemos visto cómo otros colectivos muy afectados por los recortes, p. ej. sanidad o educación, han dado una respuesta más colectiva, solidaria y persistente, tanto en el espacio como en el tiempo, que nosotros. En este sentido, no sé hasta qué punto ha condicionado nuestra respuesta el contemplar recortes en esos pilares del estado de bienestar y pensar entonces que «lo nuestro» era menos grave. Lo cierto es que es igualmente grave por lo que supone en términos de despilfarro de recursos y los condicionamientos que implica para el país a la hora de buscar «un nuevo modelo productivo». De cualquier modo, hemos desaprovechado poder hacer más pedagogía de la importancia de nuestro trabajo ahora que la sociedad nos valora como la tercera profesión más apreciada, precisamente detrás de médicos y maestros: más peligroso que los científicos aceptemos con resignación esta situación, es que lo haga la sociedad en su conjunto, asumiendo como cierto e inevitable que «ahora no toca esquiar».

El que aquí les escribe ha sufrido, como otros colegas, las consecuencias de esta descapitalización: *Cajal*, «estabilizado» 13, y... despedido; también, como otros colegas, he emigrado. Perdón, debo decir que hemos emigrado porque estas decisiones normalmente implican al núcleo familiar. Mirando atrás y analizando todo el proceso puedo decir que no nos arrepentimos de haber tomado en el pasado la decisión de volver a España; tampoco de la decisión de irnos de nuevo. Aun así, lo que queda, aparte de unos maravillosos años de desarrollo personal y profesional, es una sensación de estafa y, haciendo autocrítica, de ingenuidad. Cuando pienso en las razones que me han movido a denunciar con este artículo, como otros ya han hecho antes, la situación en la que se encuentra inmersa la ciencia en España, he de confesar que el reproche y la rabia han sido un motor. Sin embargo, una motivación aún más fuerte ha sido defender la dignidad de mis compañeros y la mía propia. La ciencia y los investigadores de nuestro país merecemos ser tratados con dignidad. Tengamos siempre presente el proverbio de Machado, «Todo necio confunde valor y precio», y reivindicemos que nuestra actividad supone una inversión y no un gasto para el país. Solo la vehemencia a la hora de defender este pensamiento puede generar un cambio de rumbo y evitar que situaciones como la que estamos viviendo se repitan en un futuro.

*Javier Buceta*

*jbuceta@gmail.com*

*Department of Chemical and Biomolecular*

*Engineering*

*Lehigh University*

*111 Research Drive*

*Bethlehem PA*

*18015 USA*

*\* Programa de Incentivación de la Incorporación e Intensificación de la Actividad Investigadora, en el marco del Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica 2004-2007*

